

DISCURSO DE INGRESO EN LA ASOCIACION ESPAÑOLA
DE MEDICOS ESCRITORES Y ARTISTAS

NEUROBIOLOGIA DEL AMOR

JOSE M^a IZQUIERDO ROJO

Y CONTESTACIÓN DEL PROFESOR

DR. D. AGUSTÍN ALBARRACÍN TEULÓN

Madrid, 16 - XII - 1993

DISCURSO DE INGRESO EN LA ASOCIACION ESPAÑOLA DE MEDICOS ESCRITORES Y ARTISTAS

NEUROBIOLOGIA DEL AMOR

Por José M^a Izquierdo Rojo

Y contestación por el Prof. Dr. D. Agustín Albarracín Teulón

Madrid, 16 - XII - 1993

Sra. Presidenta, Sres. de la Junta Directiva, Sras. y Sres.:

Aunque hace ya más de ocho años que la benevolencia de la junta directiva de esta Sociedad, y muy especialmente la de los Drs. Diego Gutiérrez y Agustín Albarracín, hizo que tuvieran a bien incluirme entre los miembros, no ha sido sino hoy cuando llevo a cabo el trámite formal del ingreso en esta tan antigua como prestigiosa corporación.

No es sólo un placer y un honor compartir Sociedad con muchas de las mejores plumas que en España tanto sirven a Calíope como a Esculapio, sino que, en mi caso, es también un deber, un deber, entre otros, filial, pues estoy convencido de que a mi padre, que fue uno de los primeros miembros de esta Sociedad, hace ya casi medio siglo, mucho le hubiera agradado, y aún satisfecho, que uno de sus descendientes, sin haberse olvidado de Hipócrates, escuchase, aunque torpe y ocasionalmente a Calíope o a alguna otra de las musas literarias.

Tal vez el título de mi breve discurso "Neurobiología del amor" puede parecer algo pretencioso, pues no he hecho yo, ¡Qué más hubiera querido! investigaciones biológicas y analíticas sobre tan importante sentimiento. Mi deseo hubiera sido poder presentarles cifras y curvas. Haber estudiado los niveles plasmáticos o liquorales de neuromediadores, neuromoduladores y neuropéptidos, en jóvenes enamorados y en jóvenes que no lo están y mostrarles las diferencias, si las hubiera habido. Y también en adultos, y aún en viejos, que nunca se sabe a ciencia cierta si es la rosa roja más bella que la amarilla, o si el lebrato es más ligero que el matacán.

Nada de eso he hecho, aunque no desespere de llevarlo a cabo en el mañana, contentándome hoy con exponerles algunas reflexiones, en forma de ensayo o divagación, sobre tan curioso como determinante sentimiento.

Al hablar del amor, es forzoso comenzar con algunas precisiones o limitaciones semánticas, por ser ésta una palabra de casi infinitas acepciones y no menos sesgos y matices. Debo pues indicar ya desde el comienzo, que me ocuparé únicamente del amor como sentimiento o vivencia que surge entre hombre y mujer, que suele aparecer por lo general al final de la niñez o en la primera juventud, que perdura, al menos en cuanto a capacidad o posibilidad de sentirlo, durante la edad adulta y que habitualmente se va apagando con la vida, aunque en todo momento pueda dar destellos más o menos fugaces.

Es claro que la palabra se aplica a otros varios sentimientos, vecinos algunos, próximos muchos, semejantes todos, pero idéntico ninguno. Así llamamos también amor al recio sentimiento que vincula y une a los padres con los hijos. Amor llamamos al más templado que nos liga a los amigos (recordemos que los vocablos amistad y amigo, tienen la misma raíz que amor y de ella provienen). Idéntica palabra aplicamos a la relación que existe entre el maestro y el discípulo, entre la patria y sus habitantes, entre la tierra y sus naturales, entre la profesión y sus cultivadores. Añadamos a esto el sentimiento de apego y atracción que nos embarga incluso frente a ciertos objetos inanimados. ¿Quién no ha sentido amor a la casa de su niñez, al cuarto en el que charlaba con sus padres, al que era testigo de sus juegos, o a aquel otro que en las mañanitas soleadas olía a manzana verde o a ginesta en flor?

Podemos sentir amor hacia las más diversas condiciones y elementos que rodean nuestra vida. Podemos amar el trabajo, el mar, un valle determinado o un perro con el que convivimos. Todo puede llegar a ser objeto de tan universal sentimiento.

Pero de nada de esto nos ocuparemos ahora. Como he indicado, mis reflexiones se limitarán al amor entre hombre y mujer, sentimiento que entiendo es decisivo y trascendente para la vida del hombre, y aún para la evolución de la humanidad, y que a pesar de esta su absoluta importancia, pocas veces ha sido estudiado o analizado con mentalidad científica, biológica, experimental.

Es, sin embargo, claro, que el amor entre hombre y mujer es uno de los pocos motores y estímulos que incitan al ser humano. Ya el Arcipreste de Hita, en su Libro del buen amor decía que dos son los objetivos que todo hombre busca y por los que trabaja y se esfuerza, uno es llenar el bandujo y el otro yacer con fembra placentera.

Si no existiera este firme sentimiento, la historia del hombre hubiera sido muy otra. Si el amor no se hubiera cruzado entre hombre y mujer, probablemente Inglaterra seguiría siendo católica, y las innumerables guerras de religión que devastaron Europa hubieran sido distintas o no se habrían producido. Sin el amor por Helena, Troya no hubiera sido asediada y después destruida por los aqueos. Ulises no habría regresado a Itaca y Doña Juana no habría vagado por los polvorientos caminos de Castilla, dejando por entre ellos la razón, mientras acompañaba el cadáver de su marido del que no quería separarse. Villalar no habría existido, o sería tan sólo un pueblo, y no un recuerdo y un símbolo.

El amor entre hombre y mujer es en definitiva el sentimiento en el que se fundamenta la existencia de todos nosotros, de la especie humana, y consiguientemente de su continuidad, de su evolución y de su desarrollo.

El amor que estamos analizando, está sin duda emparentado con la sexualidad. Hay cierto paralelismo entre las edades de aparición de ambos y también en las de su apogeo y su declinar. Es claro que el sentimiento amoroso se satisface con caricias y otras manifestaciones que sirven también para facilitar la procreación. No es, ciertamente, el único objetivo, ni quizás el mayor ni el más importante, pero creo que es innegable que existe una íntima relación entre amor y sexualidad.

Insisto en que no es el principal objetivo, y —si tuviera que decir cuál es el primero— diría que es la felicidad de la persona amada, pero también quisiera insistir en que el amor entre hombre y mujer suele acompañarse de alguna, mayor o menor, relación sexual entre ellos, o cuando menos, es buscada por los enamorados pues el amor incita a tenerla.

No hay maravilla en ello. Para mí tengo que el hombre —como cualquier otro ser vivo— no es sino una reacción físico-química compleja, gobernada por una información genética y modulada por un ambiente con el que interacciona. Las reacciones físico-químicas que perduran —a lo largo de toda la evolución— forzosamente han de ser aquellas que conducen a la conservación del individuo y de la especie. Obviamente, las que no conducen a la conservación desaparecen con el individuo.

Si por una extraña mutación génica un grupo de primates sintiera una gran atracción por las setas venenosas, esa especie o grupo se extinguiría. Sólo quedan y evolucionan aquellos seres en los que hay una conformidad o adecuación entre las necesidades de sus reacciones físico-químicas, y las posibilidades de satisfacerlas. Y si esa conformidad o adecuación se vivencia como placer, aún mejor que mejor. Quizás por ello la evolución se dirige en el sentido de ir logrando especies que sientan placer en todo aquello que las conserva como individuos o como tal especie.

Basta reflexionar para darse cuenta de que el hombre siente placer con las actividades que tienden a perpetuarlo: alimentarse, comer y beber, y, como decía el Arcipreste de Hita, yacer con fembra placentera, y siente en cambio dolor con lo que tiende a destruirlo, como individuo o como especie: enfermedad, traumatismo, herida, etc.

Placer y dolor serían sentimientos o vivencias o como quiera llamárselos, fundamentales para la conservación y evolución del individuo y de la especie y a su vez, producto de esta evolución. Supongamos, una vez más, que una especie de animal superior, por una modificación extraña en sus reacciones (gobernadas por su genoma) sintiera placer al exponerse al fuego. Sin duda se quemaría entero y —lleno de placer— perecería, con lo que sólo irían quedando los que sienten dolor al contacto con el fuego y retiran rápidamente su pata.

El placer y el dolor son a su vez reacciones físico-químicas orgánicas, aún no bien conocidas en profundidad, pero sí algo en superficie. Del dolor sabemos que se produce por excitación excesiva de receptores, muchas veces a causa de la aparición de las llamadas sustancias algógenas (bradiquininas, algunas prostaglandinas, sustancia P, y otras), y no es difícil bloquear totalmente el dolor con unos centímetros cúbicos de un anestésico.

El placer está sin duda relacionado con otras sustancias químicas: las endorfinas, también llamadas opiáceos endógenos, grupo constituido por varios péptidos que se liberan en ciertas situaciones que se vivencian como "placenteras", como practicar un deporte y probablemente durante el acto amoroso.

El amor sería un sentimiento o vivencia igualmente fundamental para la conservación de la especie, pues a través de él buscamos al individuo del otro sexo, y la procreación. Gracias al amor nuestra información genética se transmite y perdura pues pasa a nuestros descendientes, con lo que adquirimos una cierta inmortalidad. Ya lo intuía Diotima, la amiga de Sócrates, cuando dialogaba con el filósofo y decía:

- Porque la belleza, Sócrates, no es como te imaginas el objetivo del amor.
- ¿Cuál es entonces?, preguntó el filósofo.
- La generación y la producción en la belleza.
- Sea, concedió Sócrates, pero ¿Por qué es la generación el objeto del amor?
- Porque la generación es la que perpetúa la familia de los seres animados y le da inmortalidad compatible con la naturaleza mortal... es necesario unir al deseo de

lo bueno el deseo de la inmortalidad, puesto que el amor consiste en desear que lo bueno nos pertenezca siempre.

El hombre se perpetúa gracias al amor. Por eso decía Platón, "el amor, verdaderamente, no es más que el deseo mismo de la inmortalidad, que es la única inmortalidad que es posible al hombre".

Con palabras más actuales, el amor permite la conservación y evolución de la especie. Las especies sin atracción entre los sexos se extinguen, y sólo van quedando las que tienen esta atracción.

Muy probablemente, la aparición en un organismo de esta atracción amorosa esté ligada a la formación en el sistema nervioso de alguna sustancia o sustancias hoy por hoy desconocidas.

Y digo en el sistema nervioso porque gran parte de las manifestaciones de estas hipotéticas sustancias generadoras del amor pertenecen claramente al ámbito de acción de este sistema, pues afectan a lo que llamamos entendimiento y voluntad, al ánimo, a los sentidos, y también —a través de la fisiología nerviosa— a funciones de otros aparatos.

Bellamente lo expresa Fernando de Rojas por boca de la Celestina: "No les duele a los enamorados lo que gastan, según la causa por la que lo dan; no lo sienten con el embellecimiento del amor, no les pena, no ven, no oyen... Que ni comen ni beben, ni ríen ni lloran, ni duermen ni velan, ni hablan ni callan, ni penan ni descansan, ni están contentos ni se quejan, según la perplejidad de aquella dulce y fiera llaga de sus corazones... Y si con ellos hablas, jamás conveniente respuesta vuelven. Allí tienen los cuerpos; con sus amadas, los corazones y sentidos. Mucha fuerza tiene el amor; no sólo la tierra, más aún los mares traspasa, según su poder. Igual mando tiene en todo género de hombres; todas las dificultades quiebra. Ansiosa cosa es, temerosa y solícita. Todas las cosas mira en derredor..."

¿Por qué entiendo yo, y quisiera hoy expresarlo y transmitirlo, que el sentimiento que llamamos amor —en la limitada acepción que expuse al comienzo— no es sino el resultado de la acción de alguna sustancia química sobre el Sistema Nervioso Central (S.N.C.), o lo que es lo mismo, de una neurosecreción episódica?

Algunos indicios y algunas reflexiones creo que permiten al menos esbozar esta hipótesis.

En primer lugar, sabemos que el funcionamiento del S.N.C. exige la existencia de neuromediadores y neuromoduladores, sustancias que se liberan al paso de corrientes eléctricas que circulan por circuitos neuronales. Estas corrientes constituyen probablemente el sustrato neurofisiológico de las ideas, y estos neuromediadores tienen capacidad para modificar o hacer surgir patrones de conducta y sentimientos.

A nadie se le oculta que toda la personalidad, la conducta, lo que llamamos "modo de ser" o carácter de un niño, cambia por completo tan pronto aparecen en su sangre unas sustancias químicas —nada complejas, por cierto— que llamamos hormonas. Son

sencillas, pero cambian totalmente el psiquismo relativamente uniforme de niños y niñas, hacia el más diferenciado de varones y mujeres.

Es claro y es experiencia común que en las hembras de los animales superiores, y también en la mujer, aparece después del parto un sentimiento de cuidado de la prole, que responde igualmente a la aparición de algunas sustancias químicas, hormonales, tampoco muy complejas. Su efecto es extraordinario, cambiando gran parte de la conducta de la hembra, como puede comprobar cualquiera que intente retirar los cachorros a una perra recién parida, o los oseznos a la osa que acaba de dar a luz.

También abona la existencia de alguna sustancia específica, la propia transitoriedad del amor, que aparece (al menos en cuanto a capacidad para sentirlo) a una determinada edad, que parece guardar cierta relación con la pubertad, y va disminuyendo con el tiempo. Por otra parte, el amor puede aparecer y desaparecer sin que intervenga la voluntad. Recordemos el clásico y sabio aforismo médico: "En Medicina, como en amor, no digas siempre ni nunca". Esto es, poco podemos hacer por controlarlo. Puede llegar y puede marcharse, puede invadirnos y abandonarnos y a veces, en el momento más inoportuno. Por ello no podemos asegurar que siempre tendremos amor, o que nunca va a aparecer.

Otro punto que puede ir a favor de la existencia de una neurosecreción es la observación de que el sentimiento amoroso aumenta o disminuye en relación a circunstancias externas o ambientales, como sucede en la primavera, o durante el acto sexual. Incluso cabe pensar que esta hipotética sustancia podría estar emparentada con las endorfinas, pues gran parte de las sensaciones amorosas se vivencian como placenteras y en ocasiones lo son tanto que llegan a hacerse necesarias para el individuo, que puede sufrir extraordinariamente cuando se ve privado de las manifestaciones amorosas o simplemente del cariño de la persona amada.

El amor produce —además— en el individuo que lo siente numerosos efectos orgánicos, que probablemente necesiten de neuromediadores que actúen sobre receptores, algunos ya conocidos.

Recordemos la taquicardia, las palpitaciones o el rubor facial, los mareos y desvanecimientos, o el llanto más fácil, entre las manifestaciones sistémicas.

Entre las neurológicas y psíquicas, existe una cierta compulsión en el pensamiento, que se dirige obsesivamente hacia la persona amada; se produce también un aumento de la sensibilidad en general; de la capacidad de acción y decisión, y del valor personal.

Ya Hesiodo, cinco siglos antes de Cristo, decía "Si hay alguien de quien un amante no quisiera ser visto arrojando al suelo sus armas o abandonando sus filas, es del que ama; preferiría morir mil veces antes que abandonar en el peligro a su bienamado y dejarle sin auxilio, porque no hay hombre tan cobarde a quien Amor no infunda el mayor valor y no lo convierta en héroe. Lo que decía Homero de los dioses que inspiran audacia a ciertos guerreros, puede decirse con más justicia del Amor que de ninguno de los dioses. Únicamente los amantes son los que saben morir el uno por el otro".

Los griegos dedicaron mucha atención al fenómeno amoroso y en algún caso parecían esbozar una hipótesis organicista, humoral, fisiológica. Recordemos que es la

civilización griega la que cambia el concepto de enfermedad, y la hace pasar de la entelequia mágica y sobrenatural a la etiología física y natural. Del mundo del espíritu, al campo de la physis, la naturaleza. De las ideas abstractas, a los humores tangibles. Del "mithos" al "logos".

Hablando del amor, dice el médico Erixímaco en uno de los diálogos de Platón: "El amor existe en los elementos, puesto que es necesario el acuerdo de lo seco y lo húmedo, de lo caliente y lo frío, que son naturalmente contrarios".

¿No hay en este párrafo de Erixímaco un germen de "organicidad" del amor?

¿No se adivina un intento de querer buscar su physis, su naturaleza? ¿No se aprecia un velado deseo de hacerle pasar del mundo mágico al mundo sensible?

Sin embargo, el amor, pensarán Vds., es demasiado amplio en sus manifestaciones como para depender de una o varias sustancias químicas. Un sentimiento que es capaz de hacer pasar del pesimismo al optimismo, del llanto a la risa, del equilibrio a la locura, del placer indescriptible al dolor amargo, de la alegría a la pena, de la sonrisa al sollozo, de la esperanza a la desesperación; un sentimiento que mueve montañas, que rompe cadenas, que provoca lágrimas tiene que ser producto de elaboración más compleja.

Sin embargo, en el sistema nervioso actúan numerosas sustancias, algunas químicamente sencillísimas, que llegan a producir cambios extraordinarios en la personalidad y en la conducta del individuo. El ejemplo más sencillo y de fácil comprensión puede ser el alcohol. El alcohol etílico es un compuesto orgánico de fórmula muy simple. Dos átomos de carbono, seis de hidrógeno y uno de oxígeno, adecuadamente combinados, y en cantidades exiguas, pueden enturbiar nuestra mente, alterar nuestro carácter y cambiar por completo nuestra conducta. También el alcohol, a pesar de la sencillez de su molécula, produce optimismo, elimina inhibiciones e infunde ánimo y valor en nuestro espíritu. "El vino alegra el corazón del hombre", dice la Biblia, con tanta antigüedad como razón.

Vemos pues que sustancias químicas elementales pueden producir efectos extraordinarios en nuestro organismo, y especialmente en el sistema nervioso. Algunas otras, quizás no tan elementales, como multitud de drogas y estupefacientes, cambian igualmente la personalidad, el carácter y las normas de conducta.

¿En qué lugar del cerebro podría formarse esta hipotética sustancia? Algunos indicios apuntan hacia las áreas filogenéticamente más antiguas, en las que se gobiernan los sentimientos, las tendencias, los impulsos, la sexualidad, el cuidado de la prole, las emociones. Corresponde a lo que se ha llamado el cerebro emocional, que incluye núcleos hipotalámicos y áreas rinencefálicas muy conectadas con ellos, como son las zonas hipocampales y parahipocampales, septum lúcidum, corteza pericallosa y orbitaria, y especialmente el núcleo amigdalino.

No es el momento de relatar las experiencias que abonan estas hipótesis, pero podemos decir que van proporcionando algo más que indicios, en lo que se refiere a la localización de las áreas que regulan las emociones, áreas muy conectadas por cierto con las olfatorias, de tanta importancia para la sexualidad de los animales.

Pero los intentos para una aproximación neurobiológica no deben alejarnos del amor como fuente de inspiración literaria y de creación en cualquier campo de las bellas artes. Dafnis y Cloe, Eloísa y Abelardo, Bao-yu y Dai-yu, Calixto y Melibea, Romeo y Julieta, son otros tantos ejemplos de amor y literatura.

Uno de los más bellos, y menos conocidos, es el de Filemón y Baucis, contado por Ovidio en las "Metamorfosis": el padre de los dioses, Júpiter tonante y el mensajero alado, Mercurio, el de los pies ligeros, recorren la Frigia buscando cobijo y hospitalidad. Pero nadie les da albergue, si no es una pareja de ancianos, Filemón y su esposa Baucis, que habitan en una pobre cabaña rústica, próxima al mar.

"De lo poco es dar, que de lo mucho quienquiera lo hace", dice el refrán castellano. Poco tienen Filemón y Baucis, pero todo lo ofrecen a sus huéspedes. Les aderezan un lecho de algas, les preparan una cena caliente y les ofrecen el pan y el vino de sus campos.

Los dioses están agradecidos a los ancianos, pero sienten deseos de castigar a los inhóspitos frigios. Se dan a conocer, y suben con sus anfitriones a lo alto de un monte. Ordenan allí a las aguas que cubran y aneguen la Frigia, inundando casas y cosechas. Filemón y Baucis, de corazón bondadoso, ven con lástima la ruina de sus vecinos.

Su hospitalidad es, en cambio, recompensada. La humilde cabaña se transforma en un suntuoso edificio, de mármol y oro. Los dioses les conceden además un deseo, el que quieran, el que más les apetezca.

¿Qué es lo que piden los ancianos? No son riquezas ni honores. No quieren la juventud vigorosa ni la belleza atractiva. No desean el poder ni la gloria. No buscan los placeres que tantos otros ansían.

Filemón habla con Baucis unos instantes, y ruega a Júpiter que les permita morir unidos y a la misma hora. "Que yo no vea la pira de Baucis ni que ella vea mi sepultura". Los dioses fueron generosos. Filemón y Baucis vivieron largos años, hasta que el tiempo arrugó su piel, encorvó sus espaldas y minó sus energías.

Un día, su piel se endureció, se transformó su figura y se secó su corazón. Baucis vio como del cenecio cuerpo de su compañero brotaban ramas y hojas, hasta convertirse en un frondoso tilo, mientras Filemón vio transformarse a Baucis en una hermosa encina. Se dijeron adiós antes de que la corteza sellara sus bocas. Después se entrelazó su ramaje, y así permanecieron durante siglos, con sus ramas que se acariciaban en el invierno, y sus hojas que se besaban en la primavera.

Los cuentos y las leyendas de amor siempre han sido muy del agrado de cualquiera que las escuche, y esperemos que esto siga siendo así a pesar de los avances de la neurobiología.

Para mí tengo que a la vuelta de unos años estaremos en condiciones de controlar y suprimir a voluntad algunas de nuestras emociones, incluso las que parecen más recónditas, que también se traducen, por prosaico que pueda parecer, en proteínas, catecolaminas, milivoltios y miliamperios.

Llegará el día en que el joven enamorado desdeñado por su amada cortará radicalmente todo su dolor, toda su angustia y toda su amargura con un comprimido o con una inyección, con la misma facilidad con la que hoy se elimina la ovulación o la lactancia en una mujer fértil, hechos éstos que hubieran parecido ciencia-ficción hace menos de un siglo, y que hoy vemos como rutinarios.

Desaparecerán las emociones penosas y amargas, desaparecerán los seguidores de Werther que se suicidan tras el desengaño amoroso, y desaparecerá por consiguiente mucho dolor inútil en la especie humana. La ciencia, una vez más, habrá minado las esencias del romanticismo. Pero éste se cobrará un tremendo tributo, porque, con las emociones y el amor controlados, ya nadie será capaz de escribir versos como los que brotaron del poeta ante la ausencia de la mujer amada:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería
Oye otra vez Dios mío, mi corazón clamar
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía
Señor, ya estamos solos, mi corazón y el mar.

DISCURSO DE CONTESTACION

POR EL PROF. DR. D. AGUSTIN ALBARRACIN TEULON

(16-XII-1993)

Querido José María Izquierdo. Hoy es un día de júbilo para nuestra Asociación en general, y especialmente para mí, por distintos motivos. En primer término, porque al cabo de ocho años decides pronunciar tu discurso de ingreso en ella, coronando así una elección tanto tiempo pospuesta. Además, porque la valía de tus merecimientos viene a enriquecer con tus méritos el acervo cultural de este pequeño gran grupo de médicos escritores y artistas. En fin, dicho en último lugar pero muy presente en mi vida y en mis sentimientos, porque otra vez nos hallamos juntos como en tantas ocasiones desde que hace ya más de veinte años nos vimos por vez primera en el entonces nuestro Departamento de Historia de la Medicina y sede del viejo Instituto Arnau de Vilanova, ambas instituciones regidas por el magisterio de Pedro Laín Entralgo. ¿No lo recuerdas? Eras tú entonces un joven médico ilusionado por la obtención del grado de Doctor, para cuya consecución habías elegido el tema de la Historia de la neurología clínica española (1882-1936). El proyecto de Tesis Doctoral, dirigido por Laín Entralgo, se puso en marcha y algo tuve yo también que ver con el seguimiento de tu exhaustivo trabajo, del que de vez en cuando traías a Madrid algún capítulo ya concluso. De esta Tesis, leída en 1977, habría de salir un año más tarde un libro de más de trescientas páginas, con el mismo título, que constituye, y no soy amigo de retóricas hiperbólicas, un verdadero monumento de la historia de la neurología española, que por su riqueza documental se ha convertido ya en libro clásico de consulta para quienes quieran conocer de veras ese brillante período de la disciplina a lo largo y a lo ancho de toda España.

¿Quién eras tú entonces? Ovetense brillantemente graduado en la Facultad de Medicina de Valladolid, desde 1965 habías seguido una ascendente carrera formativa como alumno interno en la cátedra de Patología Quirúrgica de Valladolid primero, médico residente más tarde en los Servicios de Neurocirugía del Hospital General de Asturias y de la Residencia Sanitaria de La Paz en Madrid, desde 1967 hasta 1970; aquí, en La Paz, tuviste la suerte de tener por maestro al llorado Sixto Obrador, que tan enorme impronta había de dejar en tu formación y en tu persona y a cuya memoria, pronto lo veremos, siempre te has mantenido fiel. En tus arios itinerantes de discencia asististe a los servicios de Neurocirugía de los Profesores Klingler en Basilea, Guiot, Rougerie y Derome en París, Kurze y Pudenz en Los Angeles, Rand, también en California, Koos en Viena y Hoffman en Toronto. A partir de entonces, y ya en posesión del título de Doctor, una serie ininterrumpida de éxitos profesionales te hacen ir subiendo la escala docente, iniciada como médico adjunto del Servicio de Neurocirugía del Hospital de Valdecilla en Santander, Profesor Titular de las Facultades de Medicina de Valladolid y Oviedo y luego, como Jefe de Sección de la especialidad, en los Hospitales Río-Hortega de Valladolid, y La Paz de Madrid, y finalmente Jefe de Servicio del Hospital Clínico Universitario de Valladolid, Hospital Central de Asturias y Valdecilla de Santander. Tras ser Vice-Decano de la Facultad de Medicina de Valladolid y Sub-Director del Departamento de Cirugía y Especialidades Médico-quirúrgicas en la Universidad de Oviedo, tu carrera docente culmina en la actualidad como Catedrático de Cirugía, en la especialidad de Neurocirugía, en la Universidad de Cantabria, este mismo año 1993.

Este envidiable currículum profesional y docente ha ido acompañado, por supuesto, de la publicación de una serie de libros y trabajos, en primer término de tu especialidad, pero entre los que no faltan los de índole histórica: tu ya citada *Historia de la neurología clínica española*; *Sixto Obrador y la neurocirugía de su tiempo*; *Historia del Hospital San Luis de Palencia* y en la actualidad, y creo que la noticia constituye primicia, una magnífica biografía de Sixto Obrador, escrita en colaboración con nuestro también querido amigo el Dr. Diego Gutiérrez, que próximamente verá la luz, posiblemente editada en Cantabria. También más de una docena de artículos históricos, en la Actas del IV Congreso Español de Historia de la Medicina, en la Revista Española de Oto-Neuro-Oftalmología, en los Archivos de Neurobiología, Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid, Bulletin of Islamic Medicine y The Italian Journal of Neurological Sciences. Muchas veces nos hemos encontrado en esta tarea de reflexión histórica: en Madrid, en Valladolid, en Santander; y debo confesar que siempre ha constituido para mí un deleite escucharte, tanto por lo que sabes como por la calidad de tu pluma. Así lo han reconocido también las Reales Academias de Medicina y Cirugía de Valladolid, Asturias y Nacional de Medicina de Madrid, de las que eres Correspondiente, y la de Valladolid, a la que desde 1985 perteneces como Numerario.

Este es, a grandes rasgos, nuestro nuevo compañero: su presencia entre nosotros incita a la esperanza, pero dejadme confesar que, personalmente, a mí también me incita a la nostalgia y al orgullo. Cuando en 1978 apareció su Historia Clínica de la Neurología Española, tuvo la delicadeza de dedicarme un ejemplar, en el que me llamaba "maestro" y confesaba mi influencia decisiva en el feliz logro de su libro. Nostalgia porque el que entonces era "discípulo" se ha convertido ya en mi "maestro". Orgullo, si es cierto que mi pobre incitación en algo le ha ayudado a ser hoy quien es y lo que es. De una u otra forma, gracias querido José María, por tu generosidad.

Y vengamos a su discurso. Debo confesar que desde que conocí el título de su intervención sentí un cierto malestar: por muy estructurista que, siguiendo la lección de Laín, se reconozca uno, la visión del amor como una secreción química neuronal que actúa sobre el sistema nervioso central, produce, me produce, cuando menos, una sensación humillante. Me viene a las mentes la confesión del personaje de Wenceslao Fernández Flórez que ante la posibilidad de curar su neurastenia con cacodilato de sosa, sentía rebajada su condición humana. ¿Será posible, Dios santo, que toda nuestra visión del amor con su cortejo emocional, con sus leyendas, con su contribución a la literatura, a la música, a las artes en general, tenga una explicación tan sencilla como los efectos de una endorfina sobre determinadas áreas de nuestro cerebro?

Si leemos con detenimiento la intervención de José María Izquierdo, vemos que muy decididamente se encarga de delimitar el área de su tema. Ante el amor, prescinde de su consideración in genere —amor paterno-filial, amor de amistad, magistro-discipular, patrio, nostálgico (en el sentido fuerte del término)— para ocuparse del amor de enamoramiento —como diría Ortega—, con su cortejo de encantamiento, absorción y entrega. Deja a un lado, incluso, el amor homosexual, y un poco casi de pasada subraya la condición erótica de ese sentimiento fundamentante de nuestra existencia. Hace ya años, en su libro *Teoría y realidad del otro*, dedicaba Laín muy enjundiosas reflexiones a este enamoramiento, añadiendo a las reflexiones de Ortega las características de atención a la persona amada, necesidad de comunión, exaltación de la vida y atribución de cualidades egregias. Agregaba nuestro común maestro que el hombre se enamora por ser sexuado, por ser menesteroso, por ser hiperbólico y por ser adverbial, es decir,

existir en un lugar, de un cierto modo y en un tiempo determinado. "Un hombre enamorado —concluía—, es en suma un ente sexuado, menesteroso e hiperbólico, que a través de un 'aquí', un 'así' y un 'ahora' vive de manera absorbente y exaltada una necesidad de comunión espiritual y física con determinada persona". Y entonces me surge la pregunta: ¿qué es en realidad el amor? ¿Tan sólo la acción de esas hipotéticas endorfinas u opiáceos endógenos sobre el cerebro emocional? Muchas y bellas citas literarias utiliza Izquierdo en su conferencia: el Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Hesiodo, Ovidio..."Los cuentos y las leyendas de amor siempre han sido muy del agrado de cualquiera que las escuche, y esperemos que esto siga siendo así a pesar de los avances de la neurobiología", apunta ya casi al final de su intervención.

Es verdad; esperemos que sea así. Esperemos que en un futuro no lejano, no llegue el tremendo día "en que el joven enamorado desdeñado por su amada cortará radicalmente todo su dolor, toda su angustia y toda su amargura con un comprimido o con una inyección, con la misma facilidad con la que hoy se elimina la ovulación o la lactancia en una mujer fértil...". ¿Para qué habrá servido si no la aguda espina dorada de Machado, una y otra vez añorada?, ¿para qué el dolorido sentir azoriniano, tan orgullosamente mantenido? Y la acción límite de un Ganivet, de una Storni o de un Shelley ¿serán episodios baldíos? Muchas y perversas cosas está haciendo el hombre actual, pero, ¡por favor! que no llegue a llamarnos la posteridad desfacedores de ensueños. Que cuando en el próximo milenio los adolescentes estudien poesía, no haya que decirles que desde Garcilaso a Gutierre de Cetina, desde Lope y Calderón hasta finales del siglo XX, sonetos, octosílabos y romances fueron fruto de la hipersecreción de unas endorfinas y no expresión del sufrimiento o la pasión de sus autores. Porque si así fuese, no tendríamos más remedio que exclamar, con el castizo: ¡Apaga y vámonos! Pero no; porque conozco a José María Izquierdo, porque las últimas palabras de su discurso así lo declaran también con un tono un tanto apocalíptico, pensemos que nosotros, al menos, no veremos ese día en el que suenen ya a cosa rara los viejos romances en los que se nos decía que los monacillos, por decir amén, amén, decían amor, amor.

Entretanto, enhorabuena a nuestra Asociación por la definitiva incorporación a su seno de José María Izquierdo Rojo, todavía más preciada porque con su persona viene a devolvernos en cierto modo el recuerdo de su padre, el doctor Izquierdo Rubín, también compañero nuestro un día en las tareas literarias que nos son propias. Bienvenido, por tanto, y gracias una vez más por haber querido que sea yo quien cumpla con el gratísimo deber de acompañarte esta noche. Muchas gracias.